

A detailed digital illustration for a book cover. On the left, the head of a grey dragon with intricate scales and a golden eye is shown in profile, looking towards the right. On the right, a woman with long, dark, wavy hair and light blue eyes is depicted. She wears a crown of blue leaves and a decorative headpiece. The background is dark and moody, with some green foliage at the bottom.

Bárbara Pastor

El Reino de Hibernia

ESCAMAS
DE FUEGO

Una novela de

Bárbara Pastor

ESCAMAS DE FUEGO

EL REINO DE HIBERNIA



Primera edición: mayo de 2024

© Copyright de la obra: Bárbara Pastor

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-128676-0-2

Código ISBN digital: 978-84-128676-1-9

Depósito legal: B 8957-2024

Corrección: Teresa Ponce

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Fotografía de contraportada: Rebeca Saray

Ilustraciones interiores: Adrián Garre

Imagen de portada catalogada como ilustración sin IA.

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortunedititions.com info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

PRIMERA PARTE

1

Lo supo en cuanto miró hacia arriba. Sin nubes que anunciaran lluvia, el fuego seguiría devorando el bosque. Kyone tendría que elegir entre dejar morir a su madre o morir con ella. Juntas habían logrado escapar de la masacre ocurrida en Hibernia. Las llamas redujeron a cenizas la capital de Tierras Altas. Después de varios días el incendio seguía activo, y Kyone avanzaba a toda prisa con esperanza de llegar al lago. Pero apenas podía continuar sosteniendo tanto peso, sus fuerzas empezaban a fallar. Grâanna había quedado atrás, ojalá hubiera conseguido levantar el vuelo a pesar de tener un ala rota. Los dragones son supervivientes por naturaleza, y Grâanna en particular lo demostró en muchas ocasiones. Al ver que las llamas avanzaban, seguro que intentó ponerse a salvo... o eso quería pensar ella. Kyone no podría vivir sin su dragón.

Ahora lo más urgente era pensar en su madre, que estaba herida y perdía mucha sangre. La pierna tenía mal aspecto, necesitaba reposo y eso era lo único que Kyone no podía ofrecer porque las llamas avanzaban rápido. Si no aceleraban el paso, no llegarían hasta el lago. El lago Negro era su única salvación. Por el crepitar del fuego, Kyone sabía que las llamas estaban cerca.

«O dejo a mi madre abandonada a su suerte, o sigo caminando y me arriesgo a que el fuego nos atrape a las dos».

Si tuviera ambas manos libres, podría sujetar a su madre con fuerza, pero en la derecha sostenía a los dioses penates. En ellos estaba la esperanza de construir un nuevo hogar.

—No mires atrás, Kyone, no mires atrás... —repetía la madre con un hilo de voz.

Lo que en realidad le estaba diciendo a su hija era que la dejase ahí y continuase su camino. Pero ¿cómo puede dejar una hija a su madre abandonada en el bosque? Llevaban días soportando un incendio que estaba arrasando Hibernia. Ya casi no había vida en los alrededores, solo gritos de gente huyendo del fuego infernal. Lo único que le quedaba a Kyone era su madre, y por poco tiempo. Estaba perdiendo mucha sangre, la

herida en la pierna la estaba matando. Pero, si se detenían, sería el final de todo. Las llamas las alcanzarían, como habían hecho con su padre. De nada habría servido el esfuerzo. ¿Quién cuidaría del Drago si Kyone no conseguía llegar hasta el lago Negro? Si moría junto a su madre, sería el fin de la estirpe Simorgh. El nombre de Hibernia caería en el olvido, el Drago milenario sería hecho pedazos y el maldito rey Taurion convertiría Astyrion en el único reino.

Un quejido se oyó a través del aire. ¿Le estaba diciendo algo su madre? No había tiempo para averiguarlo. Sujetándola por el brazo con la poca fuerza que le quedaba, Kyone aceleró el paso mirando al frente. «No mires atrás...».

Un olor inconfundible le hizo pensar que el lago estaba cerca. Tenía que llegar hasta él. El peso de su madre se hacía insoportable, apenas podía respirar por el calor de las llamas que estaban a pocos metros. Las sentía cada vez más cerca. Oyó ese quejido de nuevo..., pero esta vez supo que no era su madre quien intentaba decirle algo. ¡Era Grâanna! Ahí estaba. Su aspecto era lamentable y parecía estar malherido, pero estaba vivo. El pequeño dragón había logrado escapar de las llamas. Estaban a salvo.

—¡Estás vivo!

Acarició al pequeño dragón, que intentaba abrir un ojo, porque el otro estaba...

Kyone ayudó a su madre a tumbarse en la hierba. Estando cerca del lago, no había nada que temer. Ni el fuego ni las flechas podían atravesar el Círculo de Plata. Atrás quedaban el bosque completamente quemado y su hogar en las Tierras Altas de Hibernia.

Notó el calor de una lágrima deslizándose por la mejilla. No era momento para llorar, sino para pensar qué convenía hacer a partir de ahora. Apartó la lágrima, y con la túnica cubrió el cuerpo de su madre, que estaba temblando de frío. La sangre se había extendido por toda la pierna, su respiración era muy débil. Levantó la vista al cielo, un rayo de luz les vendría bien. Pero un manto gris se estaba adueñando de las alturas, nada hacía pensar que el sol fuese a salir.

De pronto un relámpago impactó contra el suelo y Kyone se estremeció. Era la señal de los dioses. Con mucho cuidado, sostuvo la cabeza de su madre sabiendo que era la última vez que estarían juntas. Mirándose a los ojos, se dieron el último adiós.

Entre nubes la madre desapareció en la inmensidad del lago Negro. A su lado, el pequeño Grâanna se había quedado dormido.
«Adiós, mamá».

2

Kyone supo que no estaba sola, muy cerca alguien la estaba vigilando. Apenas se veía nada, solo el resplandor de las hojas procedentes del Drago. Se sentía a salvo en el Círculo de Plata. De momento no deseaba otra cosa que no fuese reponer fuerzas y que Grâanna se recuperase de la herida en el ojo izquierdo.

«¡Malditos soldados de Taurion! No respetan nada...».

En cuanto ella se sintiera con fuerzas y Grâanna pudiera alzar el vuelo a pesar de su ala rota, tendrían que irse antes de que los soldados la descubrieran. Aunque nadie podía traspasar el Círculo, Kyone no se fiaba de esos bárbaros que destruyeron el bosque por su maldita codicia. Notó que algo se movía, le pareció oír el relinchar de un caballo. No había duda. Eran los hombres de Taurion. Y sabían que Kyone estaba viva. No le preocupaba que la llevaran prisionera, pero estaba dispuesta a impedir que hiciesen daño a Grâanna. Posiblemente fuera el último dragón que quedaba vivo. La venta de escamas en el mercado negro había costado la vida a miles de dragones.

El relinchar de un caballo se oía cada vez más cerca, lo cual significaba que unos soldados agazapados esperaban la señal de asalto. ¿Mandados por quién, esta vez? Seguramente seguían a rajatabla las órdenes del capitán.

Pronto iba a anoecer. ¿Esperarían al alba para atacar o se arriesgarían a equivocarse el tiro? En la oscuridad, ninguno de ellos podía estar completamente seguro de que era Kyone la joven a la que estaban siguiendo. Hasta ahora, nadie le había visto el rostro.

Al cabo de un rato las pisadas se alejaron, lo cual confirmaba que el ataque sería al amanecer. Entonces la llevarían al palacio de Astyrion como prisionera y la obligarían a revelar el secreto del Drago milenario. Taurion deseaba dominar en los Siete Reinos. Con la violencia de un ejército entrenado durante años consiguió derrotar uno a uno los reinos que formaban la Liga de Tierras Altas. Le quedaba uno por conquistar: Hibernia. Ya que no lo consiguió con las armas, recurrió al incendio más devastador de los últimos cien años.

Kyone se preguntaba a quién habría enviado esta vez el rey Taurion para liderar el ejército. En anteriores ocasiones los soldados demostraron tener prisa por derribar el Drago, sin caer en la cuenta de que un árbol de tres mil años... no tiene prisa por ser derribado. Lo pagaron caro los hombres de Taurion, pues al verse amenazado el Drago abrió sus fauces y se tragó a cien hombres. En Hibernia, la fuerza no siempre es garantía de victoria.

«Espero que hayan aprendido esta vez», pensó Kyone al oír a los soldados alejarse. Quién será el valiente capitán que se atreva a enfrentarse al Drago...

El capitán Dasheth había oído muchas historias sobre el árbol milenario. Historias increíbles, todas ellas aterradoras. Cuando era pequeño tenía pesadillas. Soñaba que era devorado por un árbol en forma de dragón que vigilaba el bosque de Hibernia. ¿El árbol era un dragón?, se preguntaba Dasheth al despertar. En sueños, un árbol gigante con hojas de plata golpeaba los cristales de su ventana en las noches de tormenta.

Su abuelo le contaba historias que él escuchaba con los ojos bien cerrados. No se atrevía a abrirlos. Tal era el miedo que sentía, y también la emoción al imaginar dragones con escamas de plata. Cuando la historia llegaba a su fin le pedía a su abuelo que volviera a contarla. Dasheth creció escuchando esas historias todas las noches, nunca pensó que llegaría un día en que vería el Drago de cerca. En la pared de su habitación tenía colgado un escudo que perteneció a sus antepasados. Fabricado con escamas de dragón, el escudo era lo primero que veía cada mañana al despertar.

«Algún día tú llevarás ese escudo —le decía su abuelo—, pero antes debes aprender muchas cosas. Un escudo puede llevarlo cualquiera, pero un drakust... solamente un héroe es capaz de llevarlo como es debido. No tengas prisa, todo llegará a su tiempo».

El abuelo se quedaba mirando a su nieto fijamente, deseando ver en sus ojos el brillo que debía tener todo descendiente del reino de Taurion. Sin embargo, en los ojos de su nieto no veía tal brillo. ¿Qué había ocurrido para que esa luz se apagara?

Ahora que Dasheth se había convertido en el capitán más joven del Ejército de Astyrion, le tocaba dirigir la expedición hacia ese maldito árbol. Sí, maldito. Porque se tragó a muchos soldados en anteriores incursiones. Él

nunca creyó que la historia del Drago fuera cierta. Pensaba que eran historias que su abuelo le contaba cuando no había otro tipo de diversión. Cuando era niño, no le importaba saber si el Drago era solo un árbol o era en realidad un dragón. Ahora, sin embargo, según avanzaba sentía que el miedo aumentaba y pidió a los dioses que el tronco de ese árbol no se lo tragase ni a él ni a ninguno de sus hombres.

Dasheth dirigía el avance con una misión muy clara. El rey lo había enviado a él, no a otro. A pesar de su juventud, Dasheth poseía un talento especial para hacerse respetar entre los soldados. Así había quedado demostrado en la primera invasión, cuando siendo un adolescente acompañó al ejército, por orden del rey, y ante la sorpresa de todos dio orden de retirada en el momento en que la victoria parecía segura. Justo cuando tenían el Drago acorralado, por alguna razón que solo Dasheth sabía, mandó abortar el ataque. Este hecho impresionó al rey Taurion, quien por entonces encabezaba la expedición; con estupefacción, el rey observó cómo el ejército obedecía a Dasheth a pesar de su corta edad. Lo que más sorprendió al rey fue que, después de regresar a Astyrion, no preguntó a Dasheth por qué había actuado así. Ni Dasheth dio muestras de querer hablar acerca de ello. ¿Qué escondía el capitán? Esta pregunta atormentaba al rey, pues en el fondo temía conocer la respuesta.

En este nuevo ataque a Hibernia, Taurion no dudó en poner al frente del ejército a Dasheth, que ya tenía dieciocho años y todos en palacio le respetaban por su lealtad al Reino de Astyrion. Sin embargo, la juventud de Dasheth podía ser al mismo tiempo un riesgo. Este ya era el tercer asalto a Hibernia. El número de soldados que perdieron la vida en los dos anteriores era altísimo. ¿Se arriesgaba el rey a perder a su capitán? Esto podía ser una señal de lo desesperado que estaba el rey de Astyrion.

Dasheth no podía fallar. Por mucho que se le encogiera el corazón pensando que el árbol podría de nuevo abrir sus fauces, no habían cabalgado días y noches para huir como cobardes. No habían pasado hambre y frío para que ahora el miedo les hiciera dar la vuelta sin completar su misión. Habían cruzado el bosque con un objetivo: llevarse a la joven Kyone, sin importar lo que tuvieran que hacer para conseguirlo.

Si confiaban en sus armas no era solo porque iban bien provistos. En esta ocasión, Dasheth llevaba el escudo con escamas de dragón que perteneció a sus antepasados. Y además iba acompañado del cuerpo de élite, por primera vez el rey había permitido que la guardia real saliera de

palacio. Dasheth sabía lo mucho que había en juego. Taurion los había despedido con palabras severas:

—Regresad con el escudo, o sobre el escudo. Las puertas de palacio no se abrirán para los vencidos.

Dasheth cabalgaba en silencio recordando estas palabras que resonaban en su cabeza. «¿Quién es esa tal Kyone?... —murmuró el capitán manteniendo la espalda recta y evitando escuchar la voz del miedo—. ¿Qué puede tener esa joven salvaje que sea tan valioso para movilizar a un ejército?».

De todas las preguntas que se agolpaban en su cabeza, la que importaba de verdad era: «¿Conseguirá el drakust traspasar el Círculo de Plata?».



ACERCA DE LA AUTORA



Bárbara Pastor es doctora en Filología Clásica. Sus trabajos de investigación en Estados Unidos y en Inglaterra culminaron con el *Classical and Modern Languages and Literature Award* (1995). Ha sido profesora en Madrid y Barcelona, y actualmente en la Escuela Europea de Luxemburgo.

Su pasión por la historia de las palabras dio como resultado el *Diccionario etimológico indoeuropeo de la Lengua Española*, convertido en un clásico entre los diccionarios. Destaca entre los libros de texto su *Cultura Clásica*, por su carácter innovador en el estudio del Mundo Clásico.

Su proyecto actual gira en torno a la comunicación oral, que considera imprescindible para el desarrollo personal y emocional.

